

"SOBRE TODO MADRID", DE LUIS E. DELANO

(EDITORIAL UNIVERSITARIA, 1970)

Por César Díaz-Muñoz Cormatches.

El autor de "Cuestiones Gongorinas", espíritu puente, según se ha dicho, entre el erudito y el mundo de la literatura, cuyas puertas dan al campo, sin puertas, de la creación, sugiere que la crítica (destinada a enriquecer el disfrute de la lectura) debe acercarse al libro por tres grados en esta escala: la impresión, las exégesis o glosa y el pronunciado crítico mismo, que no es necesariamente censura, observación o reparo, sino también encomio y aplauso.

Problemas, a manera de homenaje a Alfonso Reyes, enjuiciar con este plan "Sobre Todo Madrid", de Luis Enrique Delano:

¿La impresión? Acuarelas, quizás menos que eso, dibujos a lápiz espontáneos, tomados directamente de la realidad todavía húmeda de su emoción peculiar trazados sin alarde ni pretensiones de su proyección post vitam o post mortem, diseñados como para sí mismo y que, sin embargo, nos entregan cabalmente, según el propósito declarado de su autor, la sensación de algunos paisajes, calles, acontecimientos, ciudades (Barcelona y Lisboa en forma circunstancial; centralmente, Madrid entre 1934 y 1936) y, en fin, personas que le impresionaron al extremo que su recuerdo, vendiendo las veleidades porfiadas del olvido, se ha mantenido vivo a través de los años.

Tres planos presenta la visión madrileña de Delano: el urbano, el político y el literario. La ciudad inicialmente alegre, comunicativa, jubilosamente charladora, calle de Manco de la Luna, de Libreros bajando a la Gran Vía; Plaza de la Cebada; el Mercado de las Pulgas; Taberna de Calatrava y tantas otras tabernas centenarias donde entrarían alguna vez Lope o Cervantes a beber un vaso de vino de tierra; la Puerta del Sol concurridísima; el Puente de la Reina, barroco, con unas

estatuas que se miran sin fatiga en las aguas pobres del Manzanares; Café del Pombo y multitud de cafés por todas partes repletos de parroquianos que conversan estrepitosamente. Un viento oscuro, empero, lleno de asechanzas, empieza a soplar sobre esta ciudad. El levantamiento de los mineros de Asturias es uno de los primeros signos. Rápidamente vienen otros. Por todas partes empieza a poblarse de policías, guardias de asalto y los téticos guardias civiles con sus "calaveras de plomo". Es la guerra civil, despiadada, sin cuartel. Las mujeres, antes alegres de canciones y claveles, semejan ahora sombras pálidas, con los ojos hundidos, sombras "que parecían estirarse hacia el lado de donde venían los rumores del combate". Así se entrecruzan, naturalmente, los planos urbano y político, frente al cual Luis Enrique Delano no oculta su posición anti franquista su rebelión ante la brutalidad de la revolución y, sobre todo, sus aspiraciones impacientes de justicia.

El costado sobresaliente del libro lo constituyen, sin embargo, los recuerdos literarios. Recibido y ayudado generosamente por Gabriela Mistral continúa trabajando en el consulado con Pablo Neruda cuando Gabriela parte a Lisboa. A la sombra de los

dos grandes, el autor colecciona una española, y noce y trata a la intención un aire a ratos barrojo de tazos breves, certeros heterogéneos, para retratarlos a la gente con vigor y vida; Federico García Lorca moreno, de cejas negras y cabellos escuadados hacia atrás, con lunares en la cara, edonada y una corbata de enorme nudo, tenía angel a raudales (pág. 27); Saturnino Calleja, vejito pequeño de estatura, menudito, como achaparrado por la edad (pág. 37); era salinas un hombre alto, aliconado a los puros habanos gran disertante de temas literarios; poeta destacado de su generación que surgió de ultramar; poeta trió, intencional (pág. 38); Unamuno con su aquilina cara encuadrada en el blanco de la cabellera y en el negro de su chaleco cerrado hasta el cuello, de corte sacerdotal (pág. 49); Neruda recitaba con un tono monótono nada enfático, con algo de sermón, algo monacal (pág. 69); un anciano tocado con birrete entre eclesiástico y funcionario; Luis Ruiz Contreras, traductor de Anatole France (pág. 74). Así pasan rápidos breves y, no obstante, vivos, fieles, cabales, Agustosto D'Halmir, Manolo Altolaguirre, José Ortega y Gasset, Romulo Gallegos, Díez Canedo, Pedro Prado, Victoria Ocampo, León Felipe con su bastón y su barba oscuras, Manuel Garretón Walker, por aquellos días un joven político con ganas de cortar amarras. Muchos otros.

No falta el humor español. El autor le lee al pintor Maroto el "Llanto por Sánchez Mejía" donde Federico García reitera tantas veces que la

cornada y muerte fueron a las cinco de la tarde. Maroto, sobrepuesto de la emoción que lo consume, exclama: "Chico, dan ganas de preguntarle a Federico a qué horas ocurrió todo eso..." (págs. 38 y 39). Delano conversa con Azahar y cuando se despiden del fiero anticlericalista, comezales, ateo declarado, este le dice "Va ya usted con Dios". Una orden de detención contra Valle Inclán de las barbas de chivo por movilizar estudiantes en algaradas; "Deténgase al eminente escritor y extravagante ciudadano don Ramón del Valle Inclán". Andrés Ovejero, profesor de literatura de tendencias socialistas y pensamiento probablemente materialista, cuando comete un error, solía decir: "Dios me perdone" y agregaba, "es su oficio".

El estilo fácil, alacrítico, efusivo, lindando en lo periodístico, en el que florecen, muy esporádicamente, como gratos adornos, influencias literarias inevitables ("Los disparos llenaron la noche, poniendo una atmósfera de pavor"). ¿o recuerda a García Lorca?; y esta afirmación barrojana: "Yo siempre he asociado el monóculo a un frac o al uniforme de parada de los coroneles alemanes", es un estilo esencialmente simpático. El autor despierta nuestro interés permanente, incluso por personajes apenas esbozados como Lola y Policarpo, y el libro candidamente importante sobre impactar, golpea, sorprende, frecuentemente alegría emocional y, más que todo eso, deleita e interesa, logrando "dar eternidad a los instantes", como los ángeles de Goethe en su Prólogo en el Cielo.